



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Ecos martianos en el latinoamericanismo de un Argentino: Manuel Ugarte

Autor: Arpini, Adriana

Forma sugerida de citar: Arpini, A. (1992). Ecos martianos en el latinoamericanismo de un Argentino: Manuel Ugarte. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 164-170.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ECOS MARTIANOS EN EL LATINOAMERICANISMO DE UN ARGENTINO: MANUEL UGARTE

Por *Adriana ARPINI*
CRICYT, MENDOZA, ARGENTINA

I

ES SABIDO QUE LOS TÉRMINOS "Latinoamérica" y "Panamérica" significan por su contenido propio tanto como por la experiencia histórica acumulada detrás de cada uno de esos significantes. Arturo Ardao se ha ocupado con tenacidad de hacernos saber la historia de ambos nombres desde el momento mismo en que surgieron como diferenciaciones del "Americanismo" de fuente hispanoamericana que los contenía en forma latente.¹

El proyecto de Unión Americana estuvo presente ya en el ideal de nuestros libertadores, aun cuando no se utilizara el adjetivo "latina" para calificar al conjunto de naciones emancipadas que integrarían dicha unión. El adjetivo fue utilizado por primera vez en 1836, en París, por Michel Chevalier para caracterizar a la América del Sur "católica y latina", por oposición a la América Sajona. A partir de la década de 1850 la adjetivación se integra en el nombre compuesto "América Latina" y adquiere sentido programático, de militancia cultural, entre los intelectuales hispanoamericanos radicados en París. Programa y militancia que están orientados a denunciar los signos, ya evidentes, del peligro que podría significar para las jóvenes naciones latinoamericanas el expansionismo yanqui. Dicho proyecto tiene su principio de concreción cuando en

¹ Cf. Arturo Ardao, "Panamericanismo y latinoamericanismo", en *Nuestra América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986; *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Ediciones de la Universidad de la República, 1987; *Estudios latinoamericanos. Historia de las Ideas*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.

1861 el colombiano José María Torres Caicedo lanza, siempre desde París, las *Bases para una Liga Latino-Americana* y, posteriormente, con la publicación de su libro *Unión Latinoamericana* (1865), en el que realiza una ferviente prédica en favor de la idea expresada en el título del libro y en contra de la doctrina del "destino manifiesto" reactivada por el presidente Buchanan.

Por otro lado, el término "panamericanismo" surge con motivo de la Conferencia Internacional Americana reunida en Washington entre octubre de 1889 y abril de 1890, en cuya convocatoria, realizada por el senador James Blaine, se la designaba como "Primera Reunión Panamericana".

Al mismo tiempo, se provee el marco doctrinario dentro del cual se lanza la propuesta de esa forma *sui generis* de panismo geográfico con intención política: el panamericanismo, cuyo objetivo se orienta a satisfacer las necesidades comerciales de Estados Unidos, urgido de mercados exteriores donde colocar los excedentes de su industria en crecimiento. Expansionismo surgido de una alianza oscura entre la política y los negocios, que justificó, en última instancia la ocupación, anexión y absorción territorial tal como se dio entonces en los casos de Cuba y Puerto Rico y no ha cesado de darse.

La trayectoria exitosa del panamericanismo se inicia con la creación, como consecuencia de la Conferencia de 1889-1890, de la "Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas", el 14 de abril de 1890, en la órbita del gobierno de Washington. Posteriormente, en 1910, fue bautizada como "Unión Panamericana", con lo que quedó oficializado el uso del término.

A partir de entonces ya no es posible la confusión entre "panamericanismo" y "latinoamericanismo". Ambos términos tienen una historia que los diferencia y señala, a su vez, proyectos antagónicos. También desde ese momento queda redefinido el viejo "americanismo", que había sido esgrimido defensivamente ante la posibilidad de una revancha europea, enriquecido, complejizado desde la perspectiva de un "latinoamericanismo" que toma en cuenta, además, el peligro que para nuestras naciones representa la política expansionista de los Estados Unidos.

II

No fue la del colombiano Torres Caicedo la única voz que se alzara en defensa de la América Latina y en denuncia de los nuevos peligros que se cernían sobre la región y que obligaban a recomponer

las relaciones, antes polarizadas en los términos América-Europa, ahora diferenciadas en América Latina-Europa por una parte, y América Latina-Norte América por otra. Entre esas voces caben señalarse, a lo largo del siglo XIX, las de Francisco Bilbao, Juan Montalvo, Justo Arosemena, Cecilio Acosta, Eugenio María de Hostos y, muy particularmente, la de José Martí. Fue en un periódico de Buenos Aires, *La Nación*, donde aparecieron sus crónicas denunciando los verdaderos intereses que impulsaban la convocatoria de la Conferencia Internacional Americana: esos intereses planteaban desembozadamente "la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América". Y agrega:

es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y el objeto de las amistades proyectadas, había de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen.²

Con palabras que, más que afirmar, dibujan el gesto con el que se señala el necesario rumbo de la integración, dice Martí en las páginas de *Nuestra América*: "¡Los árboles han de ponerse en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de Los Andes". Se trata de un gesto templado en el amor, que hermana, y en el conocimiento mutuo de nuestros pueblos, que permite superar las fronteras: "Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. ¿Cómo somos?, se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son".³

III

“**N**UESTRA América”, “América Latina” —y sus derivaciones “Latinoamérica”, “latinoamericano”, “latinoamericanismo”—

² José Martí, "Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias", en *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1965, t. 6, pp. 46-70. Los artículos se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires entre el 19 de diciembre de 1889 y el 15 de junio de 1890.

³ José Martí, *Nuestra América*, Buenos Aires, Losada, 1980, pp. 9 y 15.

es el nombre que el continente se dio como fruto de una creciente voluntad histórica, opuesta a aquella que trasuntan los términos "Panamérica" o "panamericanismo". Voluntad histórica que remite al sujeto desde donde surge la afirmación de lo latinoamericano. Se trata de un sujeto plural, histórico, que ha alcanzado un grado de conciencia y de valoración de sí mismo que hace posible superar localismos estrechos y avanzar hacia esa afirmación. Desde luego que no se trata de afirmar u oponer meros conceptos. Los significantes "América Latina" y "Panamérica" constituyen verdaderas categorías sociopolíticas. Es decir que son expresiones simbólicas que dan cuenta de la realidad, de sus tensiones y conflictos, en cada coyuntura histórica precisa. De ahí que se presenten, con frecuencia, bajo la forma de la oposición. Como símbolos no sólo resumen la realidad tal como ella es, sino que esa constatación va acompañada de una valoración orientada en el sentido de una anticipación del deber ser; esto es en el sentido del futuro posible esperado.

Entre los argentinos, esa voluntad histórica, expresada en el latinoamericanismo, ha tenido una trayectoria signada por las mudanzas de la propia historia nacional en relación con el contexto internacional. Por momentos sumergida, emergente en otros, la voluntad de integración latinoamericana ha sido discursivamente aludida o eludida, valorada u "olvidada", según la importancia que le otorgaron los sujetos que, en cada coyuntura, tuvieron la posibilidad de influir en la definición de los grandes proyectos nacionales.

Durante el primer tercio del siglo xx, en el contexto de un proyecto hegemónico que buscó imprimir al país los rasgos estructurales que le permitieran ingresar en la economía del mundo capitalista como proveedor de materias primas agrícola-ganaderas, la invocación a la "unión de los países americanos" estuvo ideológicamente condicionada por el relieve que se otorgó —dentro de una cierta línea de recuperación de la tradición nacional— a la admiración sarmientina por los Estados Unidos.⁴

Sin embargo, dentro del universo discursivo epocal se dejaron sentir "otras" voces. Una de esas voces excepcionales fue la de Manuel Ugarte. Excepcional —decimos— no sólo por el carácter diferencial de su mensaje y de su lucha, sino porque ese mensaje

⁴ Cf. Alberto Palcos, *El panamericanismo de Sarmiento*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, Serie II, núm. 6. También Estanislao Zeballos, *Diplomacia desasnada*, Buenos Aires, EUDEBA, 1974.

no siempre contó con oídos atentos y en más de una ocasión fue relegado en un sospechoso ‘‘olvido’’.

Ecos martianos resuenan en las palabras de Ugarte, sumados a una aguda percepción y denuncia de los conflictos sociales y de los intereses políticos:

...¡Oh, el país de la democracia, del puritanismo y de la libertad! Los Estados Unidos eran grandes, poderosos y prósperos, asombrosamente adelantados, maestros supremos de energía y vida creadora, sana y confortable; pero se desarrollaban en una atmósfera esencialmente práctica y orgullosa y los principios resultaban casi siempre sacrificados a los intereses o las supersticiones sociales. Bastaba ver la situación del negro en esa república igualitaria para comprender la insinceridad de las premisas proclamadas. El hecho irreductible es que los Estados Unidos, sacrificando las doctrinas para preservar sus intereses, creen cumplir hasta con su deber, puesto que preparan la dominación mundial.⁵

El discurso de Ugarte se inscribe claramente en la línea latinoamericanista que busca una reformulación del pensamiento bolivariano, y, consecuentemente, está signado por un fuerte matiz defensivo en contra de los imperialismos. Se trata de un discurso que surge, en buena medida, como respuesta a las fórmulas ideológicas que en la década de los noventa tomaron cuerpo en los Estados Unidos a raíz de la crisis de superproducción y que sirvieron de justificación para la expansión económica de un capitalismo que ya había alcanzado un alto grado de desarrollo.⁶ Desde la expulsión de España del Caribe se inicia la carrera del imperialismo estadounidense, que suscitó reacciones diversas en toda América Latina, las que a su vez se tradujeron en distintas formas de afirmación del nacionalismo y del antiimperialismo. Antiimperialismo que, en el caso de Ugarte, antepone la afirmación de lo propio, esto es, el interés supremo de la patria —que ‘‘en su concreción directa es la Argentina, y en su ampliación virtual es la América hispana’’— a la negación de otros pueblos, en este caso concreto al pueblo de los

⁵ Manuel Ugarte, *El destino de un continente*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 22.

⁶ Así, por ejemplo, la ‘‘tesis de la frontera’’ de Frederick Jackson Turner, la idea de ‘‘frontera misionera’’ sustentada por Josiah Strong, la ‘‘ley de la civilización’’ sustentada por Brooks Adams, o la propuesta de ‘‘potencia marítima’’ de Alfred Thayer Mahan. Cf. Daniel Rodríguez, ‘‘Los intelectuales del imperialismo norteamericano en la década de 1890’’, en *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (México, UNAM), núm. 91 (1979).

Estados Unidos. No se trata, pues, de invertir la relación de dominación negando al dominador, como éste suele hacerlo con el dominado, sino de encontrar caminos superadores que permitan “relacionarnos con ellos en los desarrollos de la vida futura; pero... sobre una plataforma de equidad”.

Podrían señalarse dos aspectos enérgicamente acentuados en la propuesta de Ugarte, a saber: autonomía y resistencia. El primero se encuentra estrechamente relacionado con el proyecto de integración hispanoamericana e imprime una precisa direccionalidad a las acciones que anticipan el futuro posible y deseado, convocando a

trabajar en favor de un Continente moralmente unido hasta rehacer por lo menos diplomáticamente el conjunto homogéneo que soñaron los iniciadores de la independencia, reconquistar con ayuda de la unión el respeto y la seguridad de nuestros territorios, y hacer a cada república más fuerte y más próspera dentro de una coordinación superior, garantía suprema de las autonomías regionales.⁷

La resistencia, en cambio, tiene que ver con el reconocimiento de la situación inmediata. Por una parte, llama la atención sobre las amenazas externas:

Las conquistas modernas difieren de las antiguas en que sólo se sancionan por medio de las armas cuando ya están realizadas económica o políticamente. El “Peligro yanqui” no implica una agresión inmediata, sino “un trabajo paulatino de invasión comercial y moral que se iría acreciendo con las conquistas sucesivas y que irradiará, cada vez con mayor intensidad, desde la frontera en marcha hacia nosotros.”⁸

La unión solidaria de los países hispanoamericanos también es una forma de resistencia para Ugarte, y la mejor defensa contra las agresiones externas. Pero esto es sólo una cara de la moneda. Es necesario, además, dirigir la mirada sobre nosotros mismos para descubrir la “visión estrecha y ensimismada”, la “interpretación regional y mutilada” de nuestro propio pasado que suele impartir la enseñanza escolar. Enseñanza que, aceptada sin crítica la mayoría de las veces, refuerza por una parte el “olvido de los intereses

⁷ Manuel Ugarte, *op. cit.*, p. 35.

⁸ Manuel Ugarte, “El peligro yanqui (1901)”, en *La Nación Latinoamericana*, compilación, prólogo y notas de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 66.

trascendentales'', es decir de los intereses que animaron el vasto movimiento de la independencia y las aspiraciones a la unidad de las naciones libres; y por otra parte, alienta a quienes ''creen aldeanamente en la buena fe de la política internacional y se ponen a la zaga del resbaloso panamericanismo''.

Si las ideas son *acciones* que los hombres realizan en vistas de sus circunstancias —como acentuaba Gaos profundizando la fórmula orteguiana—, entonces podemos afirmar la completa vigencia que para nosotros tienen las palabras de Ugarte:

Junto al hispanoamericanismo de los juegos florales... , al margen de él, frente a él quizá, hay una dirección política de aplicación real y benéfica, una fórmula diplomática de importancia mundial que será mañana en cierto modo la antítesis de la anticuada melodía que nos ha venido adormeciendo. Toda idea encierra un valor afirmativo y un valor combativo, pensamiento y músculo. ... el olvido de los que no han tenido en cuenta la acción que hay que desarrollar frente a las ambiciones de otros pueblos, me ha parecido siempre particularmente peligroso. No puede existir hispanoamericanismo viable sin un instinto de defensa legítima, sin una protesta contra lo que lastima a los núcleos afines, sin una concepción total del problema.⁹

¿A qué alude ese ''hispanoamericanismo viable'' de que habla Ugarte, sino a las formas muy concretas en que históricamente hemos sido capaces de construir y afirmar nuestra propia identidad? Porque —debemos decirlo— tras las categorías del ''panamericanismo'' y del ''latinoamericanismo'' vibran, siempre de manera compleja y contradictoria, formas de alienación o de autoafirmación, implicadas en la cuestión eminentemente ética de la propia identidad y resumidas en la pregunta ¿quiénes y cómo somos? Pregunta a la que tanto Martí como Ugarte buscaron una respuesta que implica mucho más que una descripción geográfica u ontológica. Compromete una toma de posición axiológica, una determinada valoración del sujeto mismo del preguntar.

⁹ Manuel Ugarte, *El destino de un continente*, en *op. cit.*, pp. 345 y 346.